

fieren un peligro posible, pero incierto á la fatiga del trabajo actual ó á las angustias de la necesidad. Si escapamos del suplicio, se dicen á sí mismos, gozaremos de una opulencia que la naturaleza nos ha negado. No miran la muerte sino como un objeto confuso que se halla á mucha distancia, cuando por el contrario, el dolor y la pobreza están siempre presentes, haciendo que cada día sea una desgracia nueva, y la vida una sucesion perpetua de infortunios.

18. Nuestro ánimo resiste mas facilmente á la violencia y estremados dolores siendo pasajeros, que al tiempo y al incesante fastidio ó molestia, porque puede, por decirlo así, condensarse todo en sí mismo por un momento, para hacer frente á los primeros; y su vigorosa elasticidad no es bastante para resistir á la dilatada y repetida accion de los segundos. La pena capital no da á los ciudadanos mas que un ejemplo por cada delito, siendo así que la pena de esclavitud perpetua les ofrece por un solo delito muchísimos y duraderos ejemplos; y si es conveniente que los hombres vean á menudo el poder de las leyes, no debe mediar largo intervalo entre las penas capitales: por consiguiendo estas suponen frecuencia de los delitos, y que para que el último suplicio sea útil, es menester que no haga en los hombres toda la impresion que deberia hacer: es decir, que sea útil y no sea útil á un mismo tiempo. Por el contrario, ¡qué terrible perspectiva se presenta á un ciudadano de haber de pasar, si incurre en ciertos delitos, un gran número de años, ó toda su vida en la servidumbre, siendo esclavo de las leyes que antes le protegian, y el oprobio de sus conciudadanos, con quienes como sus iguales, compañeros ó amigos habia vivido! ¡Qué comparacion tan útil la de esta perspectiva con la incertidumbre del éxito de sus delitos, y el breve tiempo que gozaria de sus frutos! La vista continua de las víctimas desventuradas de su imprudencia le causará mucho mas terror que el espectáculo de un suplicio, mas propio para endurecer el corazon de los hombres que para corregirlos.

19. La pena de muerte no es útil al público por el ejemplo que le da, puesto que mas bien que espanto escita compasion respecto al que padece, y horror respecto al que le hace padecer, interesándose á pesar suyo y á impulsos de un estremecimiento involuntario todos los espectadores en favor del que ha de ser sacrificado con una muerte ignominiosa, y siendo tan grande su horror, que el ciudadano testigo de un crimen capital se abstendrá despues de denunciarlo, aunque no se le oculte el bien que se seguiria de asegurarse del culpado. El legislador debe llegar á tal punto de severidad en sus penas, que no prevalezca el sentimiento de conmiseracion en el ánimo de los espectadores del suplicio, que es por quienes se ejecuta, mas bien que por el reo.

20. Pero el espanto y horror causados por el homicidio motivaron la pena de muerte. Cada uno se creyó cercado de puñales y peligros, y como por la caza y la necesidad de vivir se solian matar las fieras de los bosques, se trató al delincuente como á un animal feroz, pasando despues á justificar con un raciocinio el uso adoptado, y á ocultar el temor con el velo de la equidad. Con la muerte del malhechor, dijeron los hombres intimidados, se desvanece nuestro peligro por la posibilidad de un nuevo crimen, y quien le deja la vida, se hace reo de todos los males que va á causar, sacrificando con su bondad indiscreta el hombre honrado al perverso y la virtud al delito. Sin embargo, pudiéndose solo referir este temor al peligro de la fuga, debemos hacer un cálculo. Supongamos que de quinientos reos dignos de muerte y empleados en los trabajos públicos, dos se escapan, como tambien que de los quinientos uno es inocente, y se declara su inocencia; ¿no es mayor este bien que la desgracia de la fuga de dos malhechores, con especialidad cuando los demas continúan sirviendo útilmente á la patria?

21. Los castigos, así como los remedios para curar nuestras enfermedades corporales, no son buenos por sí mismos, y su uso es desagradable, por lo que no ha de recurrirse á ellos sino en

el último extremo, debiendo siempre preferirse entre los de igual eficacia los menos gravosos á la sociedad y á los delincuentes, y aun solo emplear de estos, por decirlo así, la mas pequeña cantidad posible. El resorte de la pena se debilita, si no se usa de él con prudencia y economía, y aun se inutiliza enteramente, si se quiere hacer con él mayor esfuerzo. Así, la justicia de cualquier pena estriba en que se circunscriba su severidad á lo que exija el bien presente del Estado, y “á lo que baste para remover á los hombres del crimen. Y ¿habrá alguno que pueda elegir la total y perpetua pérdida de la libertad, por muy útil que le sea un delito? Nada menos. Pues siendo así, sustituida aquella pena á la de muerte, será bastante para intimidar y alejar del crimen á todo hombre, y aun mas eficaz que la muerte misma. Son muchos los que la miran con rostro sereno y tranquilo, quien por fanatismo, quien por vanidad, frecuentemente compañera del hombre hasta mas allá del sepulcro, quien por aborrecimiento á la vida, ó por acabar con ella sus miserias; pero ni el fanatismo ni la vanidad pueden domiciliarse entre los cepos, cadenas y jaulas de hierro, donde los reos desesperados ven siempre el palo levantado sobre sus cabezas, y en donde, lejos de ponerse fin á sus males, comienzan á padecerlos.” Por otra parte, como en los malvados, los cuales abusan de todo, es mas poderoso el abuso de la religion que el freno de la religion misma, poniéndole esta á la vista un facil y cordial arrepentimiento, y una casi certidumbre de su eterna é incomparable felicidad, se disminuye sobremanera en ellos el horror de su última y triste escena.

22. Además, no es útil el último suplicio, por el ejemplo de crueldad que da á los hombres. Si las impetuosas pasiones ó la funesta necesidad de la guerra les han enseñado á derramar la sangre humana, las leyes, moderadoras de la conducta de los hombres, no deberán ofrecerles unos ejemplos tanto mas funestos, que la muerte legal se ejecuta con estudio y muchas formalidades. Parece á la verdad un grande absurdo que las mismas

leyes que detestan y castigan el homicidio, cometan otro mayor, y que para alejar á los ciudadanos del asesinato, decreten un asesinato público. ¿Cuáles son las verdaderas y mas útiles leyes? Las que todos quisieran observar y proponer, mientras calla la voz, siempre atendida, del interés privado, ó está combinado con el de la sociedad. Y ¿cuáles son los sentimientos de cada uno sobre la pena de muerte? Considerémoslos en los actos de indignacion y desprecio con que todos miran al verdugo, sin embargo de ser un inocente ejecutor de la voluntad pública ó de la de su depositario: de ser un buen ciudadano que contribuye al bien general, y un instrumento necesario á la seguridad del Estado en lo interior, como los valerosos soldados lo son en lo exterior. ¿Cuál es, pues, la causa de semejante contradiccion? ¿Por qué los hombres, á pesar de su razon, no pueden borrar en sus corazones aquellos sentimientos? Porque los hombres, en lo mas secreto de sus ánimos, han siempre creído que la vida propia no está en la potestad de nadie, á no exigirlo la necesidad que con su cetro de hierro rige el universo. ¿Qué juicio deberán formar los hombres al ver que los sábios magistrados y venerables sacerdotes de la justicia hacen conducir un reo á la muerte con indiferente tranquilidad y lento aparato; y que mientras un infeliz padece las mas terribles angustias aguardando el golpe fatal, pasa el juez con insensible frialdad, y aun tal vez con una secreta complacencia de su propia autoridad, á gozar de las comodidades y placeres de la vida? Los respetables ministros del altar han sido mas sábios, pues dignos de sus sublimes funciones, no han cesado de decir que la *Iglesia mira la sangre con horror*: máxima patética, que habrian debido adoptar todas las sociedades para el mejor desempeño del sacerdocio de la humanidad.

23. Las leyes nos han enseñado que no era siempre un delito el quitar la vida, y por consiguiente que el homicidio no es en sí una accion mala, y que hay casos en que está permitidos originándose de esto que se embrollasen ú oscureciesen, las idea

de lo bueno y de lo malo, y que se creyera poder hacer en ciertas ocasiones lo que se habia visto practicar en otras. Cada uno ha tenido su fin y sus motivos: el duelista ha tenido que mirar por su honor, el simple ó mero ladron ha tenido que proporcionarse su subsistencia, el ladron asesino ha tenido tambien que buscar esta, y ademas, que libertarse entonces de la defensa que podia hacer el atacado, y despues, de sus declaraciones y procedimientos judiciales. Todo ofrece en abundancia excusas y razones seductoras que por desgracia en ciertas circunstancias delicadas ó muy urgentes arrastran demasiado al crimen las almas débiles y groseras. Mas por el contrario, si las leyes respetasen como una cosa tan sagrada la vida del hombre, que ni aun ellas mismas osasen dar á ninguno la muerte; este mismo respeto y la falta total de los ejemplos sanguinarios y crueles que hasta ahora han ofrecido y ofrecen continuamente á nuestra vista, harian concebir en el ánimo de los hombres igual veneracion á la vida de sus hermanos, y el mayor horror al homicidio y asesinato; y corroborándose mas y mas cada dia estos bellos é importantes sentimientos, llegarían por ventura á ser tan raros aquellos delitos, que una sola muerte violenta causaria grande escándalo á toda una nacion ó pueblo.

24. Pero fuera de las razones espuestas, una consideracion por sí sola muy poderosa, debe inclinar mucho los legisladores á la abolicion absoluta de la pena de muerte en opinion de los que la condenan. Hay una diferencia bien notable entre este castigo y los de la esclavitud y otros, llevados á ejecucion: en los unos si llega á constar de la inocencia del sentenciado, tiene lugar la correspondiente indemnizacion; mas de ninguna suerte en el otro. Puede darse la libertad al que sin merecerlo padece una dura esclavitud: puede restituirse aun con ventaja el honor y la estimacion de los conciudadanos por un acto público y solemne que perpetúe en su memoria la inocencia y la virtud del desgraciado que sin delito ha sufrido un castigo deshonoroso; pero no puede ofrecerse la vida al desventurado inocente que

llegó á perderla, y se imposibilitó con la muerte de toda reparacion ó recompensa. ¿Quién no se horroriza al recordar los ejemplares de hombres infelices sacrificados en las aras de la justicia, y cuya inocencia hizo patente el tiempo? ¿Quién no se estremece al considerar que muchos que han espirado en un cadalso ó en un patíbulo, habrian demostrado su inocencia, si hubiesen conservado la vida aun entre cadenas y miserías? ¿Podrá dudar de la solidez y peso de estas reflexiones quien conozca la falibilidad humana, y tenga bastante experiencia de la incertidumbre de las pruebas y de los demas escollos que hacen naufragar la verdad en los juicios criminales?

25. No contentos los patronos de ambas opiniones con esponer á su favor los fundamentos referidos, recurren tambien á la autoridad y á los ejemplos. Los que están por la pena de muerte quieren probar su justicia y necesidad en la dilatada y general experiencia de todos los siglos y pueblos, y en todas las legislaciones, aun las que han tenido mayores miramientos á la humanidad, como la de los chinos y la de Solon en Atenas. Los autores que quisieran evitar todo derramamiento de sangre, citan á Platon en su república, que quiere se evite el trato y aun el tocamiento de los homicidas, mas no que se les quite la vida: citan una tragedia de Eurípides, segun la cual se habia establecido sábiamente en los antiguos tiempos de la Grecia, que quien manchara sus manos en la sangre de otro, no se pusiese jamas en presencia de sus conciudadanos: citan á Plinio que nota haberse pronunciado la primera sentencia de muerte en el Areópago: citan á los antiguos romanos, que nunca hacian morir á ningun conciudadano suyo, y solo con prohibir suministrarle el agua y el fuego le ponian en la dura necesidad de desterrarse por sí mismo: citan á Lactancio, que dice hubo un tiempo en que se habia creído no ser lícito dar la muerte á los hombres, porque por malos que fuesen, siempre eran hombres: citan á la mayor parte de los pueblos antiguos y próximos ó vecinos del estado de la naturaleza, que solo imponian penas pecuniarias por

el homicidio, haciendo el mayor aprecio de la vida de los hombres y no creyendo permitido derramar de intento la sangre humana: citan á Isabel, emperatriz de Moscovia, que en veinte años de reinado no castigó de muerte á ningun reo, y á su sucesora, la célebre Catalina II, que la ha imitado; y citan, por último, á Pedro Leopoldo, gran duque de Toscana, que en su sábio código criminal abolió el último suplicio, resultando de ello, segun lo acreditan registros esactos, una disminución muy considerable de delincuentes.¹

26. Pero la razon y una bien observada esperiencia, responden los primeros, deben decidir la discordia. Nada hace á favor de la pena capital su uso en todos los paises y tiempos, cuando hemos visto adoptados en todo el universo como en un piélago inmenso de errores, los mas fatales absurdos, y las mas funestas inconsecuencias y contradicciones. Tampoco favorecen la abolicion de aquel castigo los referidos ejemplos: no v. g. el de los antiguos romanos, cuando por otra parte su legislacion era muy inhumana respecto á los esclavos: no el de los pueblos antiguos cuya autoridad no merece ningun aprecio, puesto que apreciaban tan malamente por un vil metal lo que mas amamos en el mundo: no, en fin, de Isabel, soberana de Rusia, quien, si por piedad quiso padeciesen los reos menor pena que la de muerte, no abrogó esta espresamente en ninguna ley.

27. Hemos indicado que estos mismos autores que impugnan la pena capital como proscrita por la naturaleza, por el bien comun, por la política y la humanidad, quieren se sustituya á ella la condenacion á los trabajos públicos, cuyo pensamiento adoptado por la república de Pensilvania y muchos soberanos de Europa, como el rey de Suecia, el Margrave de Bâden, y últimamente por el emperador y el gran duque de Toscana, merece tratarse con alguna estension.²

¹ El mismo soberano habia antes moderado las penas, y en la comparacion que se hizo el año de 1779 de los diez años anteriores con los diez que le precedieron, se echó de ver que se habia disminuido mucho el número de reos.

² Neron hizo suntuosas obras empleando en ellas los reos, y hombres con-

28. No puede ocurrir á la imaginacion cosa mas razonable, dicen tales autores, que quien ha ofendido ó perjudicado á la sociedad, repare este daño con una pena que le haga útil á la misma sociedad. Por lo tanto seria muy importante que en lugar de la pena de muerte, que inutilizaria para siempre los culpados, se les destinase á las obras públicas, como la construccion de caminos y su conservacion, la de puertos, fortalezas y calzadas, la de edificios públicos, el desecamiento de lagunas, el rompimiento de tierras, y otras en que se emplean hombres útiles é inocentes, y que por lo regular son muy penosas ó peligrosas: formándose varias clases de trabajos y reos para proporcionar la molestia ó peligro de aquellos con los delitos de éstos, y evitar la perjudicialísima mezcla de diversísimos delincuentes. Como la ociosidad es una planta fecundísima de delitos, es muy justo castigarlos proporcionalmente con el trabajo, como lo es refrenar el abuso de la libertad con la privacion de ella, habiendo de determinar el género de trabajo la ley y nunca los inspectores ó guardianes de los sentenciados, y procurando evitar cuidadosamente el comercio de la facultad de no hacer nada, ó de ocuparse un reo en lo que le trajese utilidad y acomodase.

29. Siendo un momento la muerte, prosiguen, y sabiendo los malvados que es inevitable, se familiarizan con esta idea y se acostumbran á no temer aquella, sin que les cause mayor sobresalto su ignominioso fin, puesto que toda su vida es una pura ignominia. Mucho mas fuerte y temible sensacion les causaria el representarse en su imaginacion la vista continua de encierros, calabozos, cadenas, prisiones, castigos y trabajos perpetuos. Por otra parte, este modo de castigar instruye incesantemente á los ciudadanos, cuando por el contrario, la pena de muerte solo les da una instruccion pasagera.

denados á la muerte, construyeron muchos de los soberbios y famosos monumentos del Egipto.

30. Pero sin embargo de decantarse tanto los trabajos públicos y molestos como un excelente suplemento á la pena de muerte, no faltan razones para impugnarlos por este capítulo. Por duros que sean tales trabajos, dice un sábio escritor, en todas partes se emplean en ellos necesitados ó indigentes; y ¿ha de quererse que sea una misma la suerte de estos y la de los malvados? Además ¿podremos prometerlos que no se suavizarán los trabajos prescritos por las leyes contra los malhechores? ¿Dónde han de encontrarse tantos verdugos como serian necesarios? ¿Cuántos hombres atroces no se necesitarian para la rígida ejecucion de las penas legales? ¿No tendrá jamas entrada la compasion en el corazon de estos verdugos? ¿No cederán nunca á los sentimientos de humanidad? Si se quiere que haya monstruos entre nosotros, y existieran estos hombres odiosos, por ventura deberia el legislador tratarlos como asesinos. Mas suponiendo que nunca abran en su alma la puerta á la piedad, ¿serán tan generosos que no hagan tráfico jamas de su indulgencia debilitando el poder de las leyes?

31. A esto se agrega que es tal la fuerza del hábito, que los hombres nos acostumbramos y familiarizamos con todo; y aunque se diga que la esclavitud tiene sobre la pena de muerte la ventaja de advertir ó mostrar continuamente á los ciudadanos el poder de las leyes, puede responderse que lo que continuamente está advirtiendo, llega con el tiempo á no advertir jamas. Los ciudadanos cuya desgraciada vida habia de servir de gran ejemplo á sus compatriotas, tal vez se mostrarian contentos y felices en medio de su infortunio. En fin, algunos de los miserables delincuentes condenados á una perpetua servidumbre, no podrian menos de recuperar por varios medios su libertad, burlándose de la vigilancia de sus verdugos; y como la esperanza lisonjea tanto el corazon humano aun con los mas leves motivos, bastaria el ejemplo de aquellos pocos prófugos, para que muchos malvados se abandonasen al crimen, confiados en lograr igual diheca.

32. Nuestro compatriota, el Sr. Lardizábal,¹ trata de quimérica la vista continua de la esclavitud, que tanto ensalzan los escritores contrarios á la pena capital: porque ¿cómo es posible, dice, especialmente en una monarquía dilatada, que el pueblo tenga siempre á la vista todos los que padecen una perpetua servidumbre? Seria forzoso encerrarlos en un lugar destinado á este fin, como ahora se hace con los sentenciados á presidios y arsenales, y entonces vendria á ser dicha esclavitud un espectáculo no mas duradero que el de la pena de muerte, y mucho menos espantoso que ésta.

33. En seguida trata tambien de quimérico el proyecto discurrido por Mr. Brisot para satisfacer á la objecion expuesta.² Propone este escritor francés que de tiempo en tiempo sean conducidos los hombres, con particularidad los jóvenes, á contemplar en las minas y otros trabajos la espantosa suerte de los infelices condenados á ellos, habiendo antes preparado los ánimos con un buen discurso sobre la importante conservacion del órden social y la utilidad de los castigos. No sabe el Sr. Lardizábal, segun se esplica, si en el supuesto de poderse poner en práctica tales peregrinaciones, serian mas útiles, como dice Brisot, que las de los turcos á la Meca, ó si producirian mas males que bienes.

34. "Prescindo ahora, concluye este punto nuestro sábio criminalista,³ de las innumerables dificultades que habria para la custodia de tanto esclavo perpetuo como deberia haber, cuya dura condicion los haria mas osados y atrevidos para procurar su libertad. Prescindo de que muchísimos eludirian la pena (lo que no puede verificarse en la muerte) por mil medios que sugiere al hombre el deseo de la libertad, particularmente sabiendo que siempre habian de conservar la vida: y los que no tuviesen la fortuna de romper las cadenas, quedarian reducidos al

¹ Discurso sobre las penas cap. 5, § 2, n. 15.

² Lug. cit. núm. 16.

³ Lug. cit. núm. 17.

triste y lastimoso estado de la desesperacion, mas cruel que la misma muerte: pues aunque el marqués de Beccaria niega esto, porque dice *que el esclavo está distraído de la infelicidad del momento futuro con la del presente*, la constante esperiencia de todos los hombres desmiente este razonamiento, pues no hay quien ignore, que la esperanza de que el mal que se padece ha de tener fin, le suaviza en algun modo, por grave que sea; y al contrario la ciencia de que no ha de acabar sino con la vida, le hace mucho mas grave de lo que es en sí. Teniendo esto presente nuestros legisladores, mas humanos y prudentes han determinado que ningun reo pueda ser condenado á los duros trabajos de los arsenales perpetuamente, *para evitar el total aburrimiento y desesperacion de los que se vieren sujetos á su interminable sufrimiento*,¹ tomando al mismo tiempo otras prudentes precauciones para los que fueren incorregibles.”

35. En apoyo de las aserciones del Sr. Lardizábal puede citarse un ejemplo reciente de la célebre Pensilvania. En el año de 1786, habiendo hecho una gran reforma en su código penal, antes muy riguroso, por no decir cruel, se prescribieron los trabajos públicos; pero en el año de 1790 los abolió enteramente el cuerpo legislativo en otra modificacion que se hizo de dicho código. La esperiencia de algunos años puso á la vista muchos inconvenientes de los trabajos públicos. Cargados los reos de hierros y esparcidos por las calles y caminos, mas bien ofrecian al pueblo el espectáculo del vicio que el del pudor y arrepentimiento. No siendo posible observarlos á todos de cerca, tenian proporcion de cometer escesos, de embriagarse, de introducirse en las casas, de robarlas y de romper sus prisiones. Todos los presos estaban confundidos sin distincion de clases ni de delitos, por lo que el malo no se mejoraba, y el menos malo se hacia peor. En las poblaciones y campos todo era horror y espanto, y lejos de enmendarse tales delincuentes, continuaban sus deli-

¹ Ley 13, tit. 24, lib. 8, de la Recop. que es del año de 1771.

tos, de suerte que eran muy pequeñas las cárceles para encerrar en ellas todos los sentenciados.

36. No obstante, un escritor francés, bien moderno, se hace cargo de las principales objeciones contra los trabajos públicos y procura disolverlas. Objétase que se confunden los delincuentes y necesitados; pero no se les confundirá, si se exime á estos de los penosos trabajos á que algunas veces son condenados, y si tienen seguros recursos en la beneficencia pública. Por otra parte ellos conservan los tan preciosos bienes de su libertad, de su honor, de su propia estimacion y de la calma ó serenidad de una conciencia pura, en vez de la afrenta, esclavitud y remordimientos, en que consiste principalmente la infelicidad de los malhechores.

37. Se deja al culpado, es verdad, la esperanza de quebrantar su esclavitud y buscar en la fuga su salvacion; pero tambien se deja al hombre condenado injustamente, la esperanza de lograr en algun tiempo se le haga justicia, y de gozar del triunfo de su inocencia.

38. Los trabajos públicos pueden ser mas terribles que la misma muerte, que es instantánea, y en esta suposicion lejos de poder lisonjearse de sus sentimientos de humanidad los escritores que condenan aquella pena, parece que á fuerza de reflexiones han llegado al punto de crueldad que llegó Tiberio, quien no hacia perecer á sus enemigos hasta haberse agotado todos los medios de atormentarlos; pero ademas de que, como se ha dicho, la vida se tendrá siempre, aun entre los mas perversos malhechores, por el mayor de todos los bienes, el soberano ó su gobierno en la imposicion de las penas no mira el interés del culpado, si no el de toda la sociedad.

39. Por último, se objeta á los trabajos públicos la necesidad de escesivos gastos para el mantenimiento de los reos, y de demasiado número de hombres para su custodia. Pero segun esta objecion parece se castiga de muerte por economía, y que la vida de los hombres, tantas veces comparada con sus bienes